

== Notas para el estudio de la Prehistoria,
Etnología y Folklore de Toledo y su provincia.

Prehistoria toledana.

Todos los pueblos del linaje humano, antiguos y modernos, al penetrar en la intrincada maraña de su historia, tropezaron con el magno problema de sus orígenes. La Humanidad, siempre niña, no obstante ser tan vieja, se sigue preguntando, impertérrita, de dónde viene y a dónde va.

Y de vez en vez, como niño curioso, que nada sabe y todo se lo explica, han intentado los hombres de todas las épocas, dilucidar cómo fueron sus más remotos ascendientes, pretendiendo iluminar, con la mezquina luz de su pobre intelecto, las tenebrosidades de la vida del hombre primitivo.

Reconstituir el primordial armazón de huesos y músculos, arquetipo hominal de nuestra estirpe, entrevisto en los sueños de la fantasía, más que alcanzado en la realidad, fué siempre el inquietante ideal de muchos de los genios de todas las edades. Y aún fueron más allá, intentando descubrir las actividades y manifestaciones espirituales de nuestros remotos antepasados, para llegar a conocer su historia. Pero para alcanzar este conocimiento faltábales el arma de combate del historiador: el documento. Y estos documentos de la historia del hombre primitivo, hasta hace pocos años, ha venido guardándolos, recelosa, en su seno, la Tierra, cuna de la Humanidad y, a la vez, piadosa madre, que aguarda expectante el fin de aquélla, para envolverla en su sudario.

Hé aquí por qué la Prehistoria, o sea la historia del hombre primitivo, no pasó de ser otra cosa más que un bello presentimiento en los poetas y filósofos griegos y romanos, aun cuando entre éstos, sobre todo en geógrafos e historiadores, se vislumbraron algunas felices intuiciones, encaminadas al esclarecimiento de tan interesante problema. Yo me hubiese atrevido a citar, de no suponerlos de sobra conocidos, aquellos versos de Lucrecio en los cuales, con una maravillosa visión de la vida en la primitiva humanidad, hace alusión a sus armas de madera y de piedra,

al incomparable descubrimiento del fuego y al paso gigantesco en la aurora de la civilización, con el laboreo del hierro y sus aplicaciones, al perfeccionamiento del trabajo humano. Pero tanto en este poeta latino, como en Horacio y en los historiadores y geógrafos, Plinio, Diodoro y Estrabón, la luz proyectada sobre la historia del hombre primitivo, apenas fulgura, cuando ya se extingue.

Muchos siglos transcurren hasta que MIGUEL MERCATI (1), a final del siglo XVI, destruye la leyenda de las «piedras de rayo», tejida en torno del casual hallazgo de hachas neolíticas, atribuyéndoles, con más cordura, el papel de armas defensivas de los prehistóricos, anteriores a la edad del hierro.

Y aún pasan tres siglos más, hasta que BOUCHER DE PERTHES, que bien podemos apellidar «padre de la Prehistoria», extrae de las capas diluviales las primeras hachas de sílex, utilizadas por el hombre prehistórico. Desde entonces, la Prehistoria es captada por la Paleontología y las ciencias naturales, con su método experimental e investigador, ayudan a la Historia a penetrar, con paso seguro, en sus orígenes. Dentro de esta fase científica de la Prehistoria, los nombres de LARTET, MORTILLET, PIETTE, CARTAILHAC, BREUIL, BOULE, OBERMAIER, SAUTUOLA, EL MARQUÉS DE CERRALBO, CABRÉ, HERNÁNDEZ-PACHECO, LEITE DE VASCONCELOS, FONTES, CORREIA y otros, son la fulgente estela del progreso en esta rama del saber.

Puesta ya en manos de naturalistas, la Prehistoria deja el terreno de la fantasía para convertirse, si no en una tangible realidad, por lo menos, en una halagadora esperanza de verdad humana. Las excavaciones de grutas y graveras, proporcionan sensacionales descubrimientos de objetos materiales de información, los que, estudiados con un criterio geológico y biológico, expanden viva luz sobre la cronología primitiva, así como sobre los caracteres físicos, intelectuales y morales de los primeros hombres, ante lo cual retrocedió, hasta entonces, espantada la Historia, poseída del vértigo de lo desconocido.

Si esto ocurrió a los grandes historiadores de todos los tiempos, no es de extrañar que así les ocurriese, también, a los historiadores de Toledo, cuyos orígenes y primitivos pobladores que-

(1) M. MERCATI. *Metalloteca, opus posthumum*. Roma, 1717, pág. 243.

daron siempre envueltos en las nieblas de la más variada fantasía.

Así, sin ir muy lejos, ni ser prolijo en citas bibliográficas, recordemos los extravíos de ALCOCER y PISA, y las exageraciones del CONDE DE MORA al bucear en los abismos de la primitiva historia de Toledo. Héroe bíblicos o mitológicos se disputan, en los libros de los referidos autores, el origen ancestral toledano, con la misma escasa fortuna de los historiadores, que pidieron auxilio, en su éxodo prehistórico, a los antiguos textos griegos y hebreos.

Esfuerzos laudables, pero infecundos, porque aún no albo-reaba el siglo XIX, que con su culto a la Razón, originaría víctimas lamentables por todo hombre de corazón, turbulencias y algaradas, sensibles a todas luces, pero en cuyo siglo las ciencias experimentales, entre las que se cuentan las ciencias de la Naturaleza, habían de alcanzar desarrollo gigantesco e inusitado esplendor, proporeicionando con su adelanto, inmenso bienestar a la Humanidad y luz vivísima para la investigación de sus orígenes.

Uno de los más ilustres historiadores de Toledo, ANTONIO MARTÍN GAMERO, inquiría, también, en la segunda mitad del siglo XIX, quiénes pudieran haber sido los primitivos pobladores de Toledo y su provincia, y aunque no poseído, por completo, del criterio científico que hoy informa el estudio prehistórico, ya muestra atisbos razonables de lo que pudo ser la Prehistoria en esta provincia. A tal efecto, veamos cómo se expresa en su obra *Historia de Toledo* (1) refiriéndose a los orígenes de la ciudad imperial.

«Sin embargo, no se nos resiste mucho el creer que nuestra ciudad fué originariamente una población celta, que en sus principios debió ser sólo un pequeño, tal vez pobrísimo, aunque bien defendido, albergue de pastores de la Carpetania, quienes es de presumir vendrían con sus ganados a esta comarca, y hallándola feraz, labrarian chozas o cabañas en los encumbrados riscos para guarecerse en ellas de noche, después de haber discurrido de día por los dilatados y frondosos cármenes del Tajo en busca de caza y alimentos. La indudable fertilidad del término y las abundantí-

(1) ANTONIO MARTÍN GAMERO. *Historia de Toledo*. Parte I. Libro I, pág. 103. Toledo, 1862.

simas aguas que le bañan por todas partes, pudieron contribuir a que aquella raza, errante y movable como la clase de riqueza que de ordinario atesoraba, ya satisfecha con las ventajas que le proporcionaba nuestro suelo, dejara la vida aventurera y levantase los primeros fundamentos de este aduar, que en lo sucesivo había de llegar a ser una población numerosa e importante.» Hasta aquí las palabras del historiador toledano.

Pues bien, prescindiendo del origen celta que atribuye a Toledo, cuya idea no está de acuerdo con los hechos arqueológicos, ¿no se ven, acaso, en sus apreciaciones las fases evolutivas de la Prehistoria en Toledo?

Yo leo en esas mismas palabras de MARTÍN GAMERO, una sintética narración de la vida del hombre paleolítico, ribereño del Tajo, con su andar errante, en pos de la caza y de la pesca, que constituían su primordial alimento. Veo sus campamentos, al aire libre, a orillas del río, junto a los manantíos o en los altozanos de vegetación rala y esteparia, como centros de sus correrías para buscarse el sustento. Y veo, en el transcurso milenario, tomar posesión, de los entonces ubérrimos y virginales campos toledanos, a otras tribus, ya más adelantadas, conocedoras de la agricultura y de la ganadería. Llega hasta mí el eco de sus luchas por la posesión de la tierra, y percibo sus afanes de conquista y dominación que les lleva a trasladar sus viviendas a las culminaciones y a los riscos, fortificados por la naturaleza, y ya en plena edad de los metales, comenzar su vida en el peñón neisico, la gloriosa Toledo, de la que con razón dijo LOPE DE VEGA miles de años después: «ciudad en el corazón de España, fuerte por su sitio, noble por su antigüedad».

Era natural que MARTÍN GAMERO no fuese, en cronología, más allá de lo que le dictó su razón y su genio, para la modalidad biológica de los aborígenes toledanos. Pero es que en su tiempo, las investigaciones prehistóricas no habían llegado en España al apogeo de hoy. Gracias a ellas, podemos saber, en la actualidad, que la Península ibérica llevaba ya poblada por el hombre primitivo, ¡¡muchos millares de años antes de la era cristiana!! Y que por la naturaleza, de los hallazgos de sus instrumentos domésticos, de combate y artísticos, la prehistoria española puede considerarse dividida en los siguientes períodos: Paleolítico, Neolítico, Período del Cobre, del Bronce y del Hierro.